

# Aproximación a la temática de la poesía de Dulce María Loynaz. Convergencias y divergencias

Esperanza Lara Velázquez, UNAM. México

Yo dejo mi palabra en el aire, sin llaves y sin velos.  
Porque ella no es un arca de codicia, ni una mujer coqueta que  
trata de parecer más hermosa de lo que es.

Yo dejo mi palabra en el aire, para que todos la vean, la palpen,  
la estrujen o la expriman.

Nada hay en ella que no sea yo misma; pero en ceñirla como  
cilicio y no como manto pudiera estar toda mi ciencia.<sup>1</sup>

Frente al grito desgarrador de Gabriela Mistral, la rebeldía de la palabra en Delmira Agustini, la letra inconclusa de Alfonsina Storni, y el tono ditirámico de Juana de Ibarbourou, nació en Cuba la expresión de otra voz femenina que ha sido declarada por la crítica contemporánea como una de las más sobresalientes poetisas de nuestra lengua española actual: María de las Mercedes Loynaz Muñoz, conocida en el mundo de las letras como Dulce María Loynaz.<sup>2</sup>

Con una obra pequeña, compacta, y aunque descendiente del modernismo y depurada de los excesos del mismo: '¡NO! al cascabel de las palabras', nos advierte la escritora, quien nos entrega en su obra la expresión lírica más pura. ¿Qué es lo que más nos seduce de su obra...? Quizá, entre otras cosas, sea la recreación de ambientes mágicos, de medios tonos entre luces y sombras, desprendidos de universos etéreos, distantes, imprecisos y a veces intangibles.

¿Modernismo, modernidad o posmodernidad?, se cuestiona César López en la presentación a la *Poesía completa* de Dulce María Loynaz.<sup>3</sup> Resulta evidente que hay en su obra la intención de luchar contra la palabra que no comunica, sin embargo, la autora exige la complicidad del lector para involucrarlo en este juego, donde el mundo de su creación poética parece adentrarse en un microcosmos de ambigüedades. Loynaz conoce este juego, y construye el puente entre lo concreto y lo abstracto, para inducirnos a percibir con sutil delicadeza una especie de fascinación:

Guardé el beso... y el beso se hizo estrella,  
dulzura muerte, claridad remota

y fría... – Tú en la tierra; yo en la tierra...  
la tierra dura que se pega... – Ahora  
guardo la estrella y me pregunto a veces  
qué nueva frialdad será en la hora  
de mañana, qué sal aún no probada,  
¡qué sombra todavía entre mi sombra!...<sup>4</sup>

O bien, quizá su originalidad se encuentra en cierto tipo de abstracciones: por ejemplo en el poema titulado ‘La oración del alba’, ésta reza:

Señor...

[...]

Yo quiero

comprender y amar.

–¡Quisiera besar la herida

de un leproso y que él no supiera nunca

cuánto el beso me costaría...–

[...]

El polvo vuelve al polvo:

Me perderé un buen día

por los caminos de la tierra, y si un minuto

el desaliento me domina,

nadie vea mi desaliento

y todos vean mi sonrisa.

Y mi sonrisa sea fuente,

y flor, y ala, y venda...¡Y sonrisa!...

(‘La oración del alba’, pp. 18–20).

‘Estamos ante una poesía de las esencias’, como cita César López, esencias de *amor* y *desamor*, de *amor fraterno* y *maternal*, de *lágrimas* y *sonrisas*, de *alegrías* y *tristezas*, de *suspiros* y *murmullos*, de *luzes* y *sombras* y también de mucho aroma de *rosas*.

Cosmos de paradojas, de encuentros y desencuentros, de realidades literaturizadas y literatura vertida en realidad. Esta pequeña obra lírica, que oscila entre la comedia y la tragedia de la vida, parece haber sido hecha para meditar, y a la vez nos incita hacia el *perverso* deseo de adentrarnos a descifrar su mundo antagónico de ambigüedades.

Y aquí cabe hacer una breve pausa e interrogarnos: ¿qué tanto valor tiene la letra escrita literalmente en el papel? – Lo que se dice. ¿Y, qué tanto valor tiene la carga emotiva del mensaje que la poetisa transmite a sus lectores? – Lo que se calla, los puntos suspensivos, los silencios... Es indudable que esta última es superior a la primera. Sin embargo, no debemos olvidar que ella es la creadora de sus propios símbolos oníricos y de que éstos fueron creados al margen de cualquier interpretación convencional.

Pasión por las letras, intuición privilegiada, sensibilidad a flor de piel, tres elementos que se conjugan para hacer que ella se sienta como pez en el agua dentro de su quehacer literario, donde ella es como el mar sin horizontes, sobre cuyas olas puede *caminar*, *respirar*, *vivir*, *crecer*, su obra poética es lo que le da sentido a su vida:

Yo soy libre en mi verso y él es libre  
 como yo. Nos amamos. Nos tenemos.  
 Fuera de él soy pequeña y me arrodillo  
 ante la obra de mis manos, la  
 tierna arcilla amasada entre mis dedos...  
 Dentro de él, me levanto y soy yo misma.  
 ('En mi verso soy libre', p. 68)

A través del tránsito de su universo poético, no sólo encontramos los temas de la poesía lírica tradicional, sino también aquellos otros donde la poetisa vuelve los ojos hacia otros temas en apariencia insignificantes, tal es el caso del poema 'Cancioncita del perro Sonie' en donde alude a la inocencia y a la gracia de un animal:

Sonie negro; retazo, miniatura  
 de la noche... (Pero de alguna  
 noche lunada, almibarada  
 de azúcares celestes...)  
 ('Cancionita del perro Sonie', pp. 28-29)

delicada remembranza nos viene a la memoria del *Platero* de Juan Ramón Jiménez.

Dignas de mencionar en su obra son algunas piezas dedicadas a personas minusválidas, seres humanos que desafiando la fugacidad del tiempo, han sido immortalizados en las páginas de la poesía lírica de Dulce María Loynaz. Ellos son personajes cotidianos que frecuentemente pasan a nuestro lado con la indiferente simplicidad de seres anónimos, pero en nuestra poetisa este roce despierta un exquisito sentimiento de comunión fraternal con estas criaturas, a quienes la naturaleza parece haberles jugado una broma: una joven inválida,<sup>5</sup> un niño contrahecho,<sup>6</sup> una pequeña sordamuda,<sup>7</sup> dos niñas a quienes la muerte arrebató prematuramente,<sup>8</sup> y hasta una muchacha que hace flores de papel,<sup>9</sup> son entre otros, algunos ejemplos de esta temática. Amor fraterno, ejemplo de humanismo, caridad transida de ternura, es lo que provoca en nosotros esta galería de desheredados, este desfile de personajes de esta siempre nueva, y siempre eterna, Comedia Humana de la vida.

Si de estilo pudiéramos hablar – que entre paréntesis este tema sería motivo de otro trabajo – cabría advertir el poder de síntesis que tiene la escritora para transmitirnos en pocas palabras todo un concepto por

demás lascerante. El poema titulado 'El pequeño contrahecho' tiene apenas quince versos, y es tan solo en los primeros cinco que nos asombra:

El pequeño contrahecho conoce  
todas las piedras del jardín;  
las ha sentido en sus rodillas  
y entre sus manos ya escamosas  
de humano reptil.

De factura semejante son las piezas arriba anotadas. Llamen la atención los poemas breves dedicados a Cyrina, la niña a quien 'la muerte la dobló sobre las rosas' y en cuyo rostro 'se la cuajaron dos estrellas negras'; y 'Ana Belinda', dedicado a la pequeña que sin saber cómo, ni por qué, despertó un día en el reino de 'la paz y el sueño'.

Tradicionalmente la crítica ha clasificado a la poesía lírica dentro de dos planos generales: 'poesía solar', aquélla en que todo fulgura y en donde predominan la luz y el sol, podría decirse que son textos de, y para optimistas. Por el contrario, se habla de la existencia de una 'poesía crepuscular', en donde predominan los ocasos solares, y las sombras nocturnas, y también podría decirse que contiene una fuerte carga de pesimismo.

En el caso de Dulce María Loynaz podemos decir que su poesía se encuentra en un término medio, por un lado su optimismo lo vemos reflejado en un gozo de amor por la naturaleza: 'el cielo', la tierra 'fuerte', 'hermosa', el agua 'delgada y transparente con sabor a milagro', el agua 'río de su sangre', y las 'rosas', las pequeñas y dulces flores de la tierra', las 'rosas más blancas', las 'rosas más puras', las 'rosas más rojas'. Vista la poesía de Dulce María Loynaz desde este ángulo, todo lo resumido es más que un simple concepto, significa su Amor a la vida.

El punto opuesto sería su concepción 'realista', mas no pesimista, de su realidad. Ella es consciente de saber que el tiempo es fugaz; que la naturaleza puede ser inclemente, que el verdadero amor es inalcanzable; que el dolor físico es algo real y tangible; que la soledad significa algo más que una abstracción; que la muerte puede llegar inesperadamente antes de tiempo y paradójicamente, como es su caso, aquélla no quiere arribar.

La Naturaleza para nuestra escritora llega a convertirse en un concepto panteísta trascendiendo los límites humanos: 'Si yo no hubiera sido..., ¿qué sería / en mi lugar? ¿Más lirios o más rosas?... / O chorros de agua o gris de serranía / o pedazos de niebla o mudas rocas'.<sup>10</sup>

Y en su ditirámico 'Canto a la tierra', insiste:

No, ya no tendré miedo de la tierra, que es fuerte  
y maternal; y habrá de acoger mi miseria  
cuando tengan que echarme...

[...]

Quando le pertenezca  
 he de identificarme con ella plenamente.  
 ¡Cómo voy a sentir todas las primaveras  
 floreciendo en mí misma!... Con esta carne pálida  
 haré los lirios... ¡Y las rosas, y las fresas,  
 los árboles grandes y potentes y rudos!...  
 ('Canto a la tierra', pp. 63-64)

El 8 de diciembre de 1946, Dulce María Loynaz se casó con Pablo Álvarez de Cañas y le dedicó el libro titulado *Juegos de agua. Versos del agua y del amor* (1947),<sup>11</sup> diciéndole: 'A Pablo Álvarez de Cañas, en vez del hijo que él quería'. Este pequeño cuaderno fue publicado en España y consta apenas de veinticuatro páginas. Como lo indica el título el tema esencial es el 'agua', aludida algunas veces de manera directa y otras alegórica.

El inicio del texto es un tanto lúdico, pues se refiere a 'Los juegos del agua' en donde éstos ríen, se enlazan, juegan y engendran en la imaginación del hombre un sinfín de figuras y 'de paisajes que no existen' ('Juegos de agua', p. 77). En otro poema ella asume la imagen de una Isla en una dramática y alucinante alegoría: 'rodeada de mar por todas partes', y en la cual: 'Hay momentos en que el agua me ciega y me acobarda, / en que el agua es la muerte donde floto' ('Isla', pp. 78-79). Con frecuencia sus estados de ánimo personales van íntimamente enlazados a los temas marinos: '¡Hay que nadar de alma en este mar! / [...] Y qué agarrarse / a esta blanda tiniebla, a este vacío / [...] A esta agua / negra que se resbala entre los dedos... / ¡Qué tragar sal y muerte en esta ausencia / infinita de tí!' ('Naufragio', p. 83).

El poema que dedica a su patria y que lleva 'el dulce nombre de Almendares', connota no solamente su pasión por el elemento de la naturaleza 'agua', sino todo su amor por Cuba: 'Yo no diré que él sea el más hermoso... / ¡Pero es mi río, mi país, mi sangre!' ('Almendares', p. 87).

De paisajes marinos, de agua de río, de acuario, de lluvia, de manantial, de estanque, y de muchos más, podrían deducirse otros conceptos, sin embargo, hay una riqueza implícita en estas cincuenta y siete piezas que conforman este libro dedicado al 'agua', en donde como ya vimos, los estados de ánimo de su autora se encuentran prendidos a este elemento, como la hiedra a la pared.

Como elemento primordial de su obra lírica se encuentra 'la rosa'. Hay a lo largo de toda su obra alusiones directas o alegóricas hacia esta flor. Es una auténtica fascinación la que ejercen estas flores en su vida y en su obra, casi no existe una sola página – de toda su obra, poesía y poemas en prosa – en donde no encontremos una alusión a la Rosa. Hay rosas blancas, rosas rojas, rosas rosas, rosas frescas, rosas de Francia, las

rosas más puras, rosales celestes, hasta 'la rosa que se pudre, en la caja del muerto'. En toda su lírica se encuentra esparcida la fragancia de las rosas.

El amor como una de las materias más importantes de la poesía lírica, forma parte importante de la poesía de Dulce María Loynaz. Ella transita por todas las veredas del sentimiento amoroso, en un vano intento de comprenderlo, de atraparlo y de eternizarlo. En una lucha despiadada entre el subconsciente y la conciencia. Forcejean cuerpo y espíritu entre esperanzas y desesperanzas, encuentros y desencuentros, clamores y silencios, amor y desamor. Ella cruza todas las escalas del amor y así evoca al 'Feliz', al 'olvidado', al 'tardío' al 'indeciso', al 'más triste', al 'apasionado', al 'huidizo', al 'sacrificado', al 'fraterno', al 'maternal', para llegar a la más desoladora de las conclusiones, la del desamor.

El amor de pareja – entre hombre y mujer – no se encuentra personalizado específicamente, sin embargo, en las poesías amorosas se advierten 'pequeños' y 'grandes' amores, pero siempre encontramos un trasfondo de desencanto, desde el 'Soneto', en cuyo monólogo nos dice: 'Quiere el Amor Feliz – el que se posa / poco...-' ('Soneto', p. 30), hasta el apabullante poema titulado 'Conjuro' en el que lanza una blasfemia: 'Ya sólo un camino breve / busco: El que de tí me lleve. / [...] He llegado hasta donde nadie pudo llegar. / Si aun vuelvo la cabeza..., ¡Dios me vuelva de sal!' ('Conjuro', p. 67).

De poco trascendentes podrían calificarse los poemas titulados 'La canción del amor olvidado', 'La balada del amor tardío' y 'El amor indeciso'. Al primero, sólo le dedica unas líneas al recuerdo más lejano, aquel que ya no es capaz de producirle sonrisas, ni llantos: 'Cantaré una canción / sin llamar, sin llorar, sin saber... / [...] Para el amor más olvidado / – el más dulce...-, / el que no estoy segura de haber amado' ('Canción', p. 33). En el segundo, sólo le pide paz: 'Amor que llegas tarde, / tráeme al menos la paz' ('La balada del amor tardío', p. 34).

El 'Amor indeciso' fue aquel que llegó hasta su puerta y no se atrevió a traspasarla, un pequeño amor que llegó con las sombras de la noche, y que en medio de una vaguedad sentimental lo resume así:

Este amor nada dice... Este amor nada sabe:  
Es del color del viento, de la huella que un ave  
deja en el viento...  
[...]  
Extraño amor sin rumbo que me gana y me pierde,  
[...]  
Que todo lo confunde, lo deja...¡Y no lo deja!  
(*'Amor indeciso'*, pp. 37–38)

¿Amor? ¿Desamor? ¿Narcisismo? Todo y nada, nos encontramos frente a la dialéctica de las paradojas cuando Dulce María Loynaz juega con lo concreto y lo enfrenta con lo abstracto:

Soy lo que no queda  
ni vuelve. Soy algo  
que disuelto en todo  
no está en ningún lado ...

[...]

Hombre que me besas,  
tu beso es en vano ...  
Hombre que me ciñes:  
¡Nada hay en tus brazos!...

(‘La mujer de humo’, pp. 34–35)

Se podría hablar, quizá, de una conducta narcisista por la respuesta esquiva que da al amante, sin embargo, tan sólo lo que ella pide es ser amada, pero tal como es: ‘Si me quieres, no me recortes: / ¡Quiéreme toda... O no me quieras!’ (‘Si me quieres’, p. 45).

En cambio, otras veces se deshace en ternura para reprochar delicada y exquisitamente al ser amado su indiferencia, en medio de un juego alegórico en el que ella le dice que lo único que ha perdido es ‘su amor’:

¡Has perdido hasta una estrella!  
Y hasta una estrella he de encontrarte yo...  
Tanto puedo por ti, tanto... Voy a seguir la huella  
sobre el mar de una estrella  
que se perdió...  
Has perdido jugando un gran amor.

(‘El perdedor’, pp. 35–36)

Distante del discurso exacerbado del feminismo de los últimos tiempos, la nota lírica de Loynaz se desliza natural, auténtica y esencialmente femenina cuando llega a la Certeza del desamor. Cuando ella concientiza esta realidad, concluye que ni aún ante el advenimiento de tiempos nuevos, mejores o peores, ni ante viejas y nuevas mentiras, ni antes, ni después del cataclismo, ella, la mujer, la amante, la sedienta de amor podrá llegar a compartir con él, el hombre, el ser que ama, tan siquiera sólo ‘un beso’. En una cadena de suaves y abruptas alegorías, en el poema que tituló ‘Certeza’, y a través del estribillo ‘¡Y yo no te besaré!...’ (‘Certeza’, pp. 40–42), la poetisa nos entrega su mensaje de desilusión amorosa.

Y sin embargo, el amor por sobre todas las cosas abstractas, concretas o putrefactas, por encima del tiempo y la distancia y hasta en la hora de la muerte: ‘Siempre, amor... (¡Y estas dos palabras náufragas, / entre alma y piel clavadas contra el viento!)’ (‘Siempre amor’, pp. 45–46).

La concepción más universal que la escritora nos da sobre el tema amoroso es cuando nos dice que ‘Amor’ no sólo es amar al ‘cisne azul’, a ‘la rosa, rosa’, a ‘la luz del alba’, a ‘las estrellas’ y a ‘la dulzura de las

almas' y puntualiza que 'amar lo amable, no es amor'. Amar es aceptar el cansancio cotidiano, encontrar la luz en medio de las tinieblas:

Amor es este amar lo que nos duele,  
lo que nos sangra  
por dentro...  
[...]  
Amar es perdonar; y lo que es más  
que perdonar, es comprender...  
Amor es apretarse a la cruz, y clavarse  
a la cruz,  
y morir y resucitar...  
¡Amor es resucitar!  
(‘Amor es’, p. 50)

La nota característica de la poesía amorosa de Dulce María Loynaz es la ausencia de erotismo, el mismo que caracterizó las obras de Delmira Agustini y de Alfonsina Storni; nuestra escritora en su obra apenas roza levemente el tema erótico y con cierta delicadeza en tres poemas: ‘El juego de la muerte’ (p. 65), ‘Deseo’ (pp. 68–69), y el texto que corresponde al libro *Poemas náufragos* (1990) titulado ‘Carta de amor al rey Tut-Ank-Amen’ [sic] (pp. 173–75).

Si para Gabriela Mistral la negación de la maternidad le significó una tragedia y en gran parte de su poesía el tema de la esterilidad está presente, para Dulce María Loynaz éste se transmutó en un dolor profundo, pero fue en un solo poema donde inteligencia y sentimiento se conjuntaron para entregar al mundo – igual que se entrega un hijo – el más ‘desgarrador’ – también coincido aquí con César López – poema lírico dedicado a la maternidad frustrada: ‘Canto a la mujer estéril’. Este poema es algo más que un simple canto, es un himno de alabanza para las mujeres que no han podido dar hijos al mundo. En una larga cadena de imágenes fuertemente concatenadas y de un impacto aplastante, habla de la mujer estéril como de un ‘pozo cegado’, ‘anfora rota’, ‘catedral sumergida’, sí, sumergida bajo el agua, llena de sal, sin luz solar, desde donde ‘la vida’ de su ‘pecho’ no pasa, desde donde ‘la vida’ sólo choca dentro de sí misma, rebota, se desvía, se pierde, y jamás sale al mundo de los mortales transformada en Vida. La mujer estéril, aquella que transcurre por el mundo sin dejar huellas. El instinto de la vida ‘ciego’, ‘mudo’, ‘manco’, dentro de Ella, en una feroz lucha contra su ‘sentido exquisito de la Muerte’:

Madre prohibida, madre de una ausencia  
sin nombre y ya sin término... – esencia  
de madre...– En tu  
tibio vientre se esconde la Muerte, la inmanente

Muerte que acecha y ronda  
el amor inconsciente...

En una segunda parte del poema – no señalada explícitamente en el texto – hace una breve loa a la esterilidad de aquella que no puede dar a luz diciéndole que, gracias a ello, ‘no serás camino de un instante / para que venga más tristeza al mundo’. Y agrega que, del mismo modo que la montaña no se reproduce y sin embargo es bella, Ella – la estéril – será la Reina dentro de su ‘Reino. Y serás / La Unidad / perfecta que no necesita / reproducirse, como no / se reproduce el cielo, / ni el viento, / ni el mar...’.

En una tercera parte – tampoco explicitada – retorna con el tema de la esterilidad: ‘Madre de un sueño’, ‘madre de seda’, ‘madre de aire y de luz’, ‘madre de nadie’. Pero la última parte del poema es la culminación de este ‘Canto a la mujer estéril’:

¡Púdrale Dios la lengua al que la mueva  
contra ti; clave tieso a una pared  
el brazo que se atreva  
a señalarte; la mano oscura de cueva  
que eche una gota más de vinagre en tu sed!...  
Los que quieren que sirvas para lo  
que sirven las demás mujeres,  
no saben que tú eres  
Eva...

¡Eva sin maldición,  
Eva blanca y dormida  
en un jardín de flores, en un bosque de olor!...  
¡No saben que tú guardas la llave de una vida!...  
¡No saben que tú eres la madre estremecida  
de un hijo que te llama desde el Sol!...

(‘Canto a la mujer estéril’, pp. 69–73)

César López afirma en el prólogo de la *Poesía completa* de Dulce María Loynaz que ella misma se ha convertido en un ‘mito viviente, porque la escritora, así lo ha deseado en su afán de ser ella misma [...] Dulce María Loynaz ha vencido a la muerte en plena vida. Con insistencia, persistencia y consistencia’.<sup>12</sup>

Otro tema de su lírica es el de la muerte, que ante la magnitud de todo lo incomprensible que ésta resulta, le reclama a Dios: ‘Señor que lo quisiste: ¿Para qué habré nacido?... / Y al fin, cuando me vaya fría, pálida, inerte... / ¿Qué dejaré a la Vida? ¿Qué llevaré a la Muerte?’ (‘Señor que lo quisiste’, pp. 21–22). Desde luego que ante el conflicto existencial de la muerte nos confronta también al de la vida y consecuentemente nos remite a la figura-esencia de Dios, que al parecer, por algunas brevísimas alusiones

que hay en su obra podemos deducir que se trata de Cristo. No hay en esta temática una carga extrema de pesimismo, sólo una conciencia profunda del significado de la vida y de la muerte, de la fugacidad de las cosas materiales y de la soledad del hombre:

Camino hacia la sombra.  
Voy hacia la ceniza mojada – fango de  
la muerte...–, hacia la tierra.  
Voy caminando y dejo atrás el cielo,  
la luz, el amor... Todo lo que nunca fue mío.  
(‘La marcha’, p. 61)

Cinco son las piezas que hablan muy concretamente sobre el deseo de partir de este mundo, y es hasta en este tema que nos ha dejado un sentimiento de ternura:

Dulzura de sentirse cada vez más lejano.  
[...]  
Dulzura de sentirse  
limpio de toda cosa. Dulzura de elevarse  
y ser como la estrella inaccesible y alta,  
alumbrando en silencio...  
¡En silencio, Dios mío!...  
(‘Desprendimiento’, p. 60)

También a la soledad la coloca en un terreno de paradojas. Soledad es la presencia-ausente del ser amado, soledad es el Universo que la rodea, soledad es el hijo que no nació y soledad, también es la muerte: ‘No cambio mi soledad por un poco de amor. Por mucho amor, sí. Pero es que el mucho amor también es soledad... ¡Que lo digan los olivos de Getsemaní!’.<sup>13</sup>

Creo que todavía falta mucho camino por recorrer, lamentamos la ausencia de una buena edición crítica y tampoco sabemos si aún existen textos inéditos. Estas páginas sólo han pretendido dar una imagen panorámica de la parte más inmediata de su obra que es la temática, ojalá esta aproximación sirva para despertar el interés de un estudio más profundo sobre la poesía de esta gran escritora, que entre otras distinciones obtuvo en 1992 el Premio Miguel de Cervantes.

## NOTAS

- <sup>1</sup> De *Poemas sin nombre*, libro publicado en 1953.
- <sup>2</sup> Hija de Enrique Loynaz del Castillo y María de las Mercedes Muñoz Sañudo. Viajera incansable por casi todo el mundo visitó, entre otros

países, Estados Unidos, casi toda Europa y Sudamérica, Turquía, Siria, Libia, Palestina, Egipto, México y las Islas Canarias. En 1927 aprobó los estudios de doctorado en Derecho Civil en la Universidad de La Habana. Fue Presidente de la Academia Cubana de la Lengua y miembro de la Real Academia Española. Obtuvo las siguientes distinciones: Orden Carlos Manuel de Céspedes, Orden Félix Varela, Distinción por la Cultura Nacional, Medalla Alejo Carpentier (Cuba) y Orden de Alfonso X El Sabio (España), y los siguientes Premios: Premio Nacional de Literatura (1987), Premio de la Crítica (1991) y Premio Miguel de Cervantes (1992).

- <sup>3</sup> El título del libro consultado es: Dulce María Loynaz, *Poesía completa* (Presentación César López, Proyecto para una lectura demorada) (La Habana, Cuba: Editorial Letras Cubanas, 1993). Ésta es la edición a la cual me referiré de aquí en adelante, la única asequible que me ha sido posible consultar, y que fue traída desde Cuba por mi colega del Centro de Estudios Literarios la maestra Lourdes Franco. La edición tiene un comentario crítico de César López, al cual yo hago referencia en varias ocasiones y que, entre otros conceptos importantes, acota lo siguiente: 'No se intenta en esta ocasión, primera en que se recoge todo lo que hasta ahora parece ser la obra en verso, esa falaz convención formal de lo poético de Dulce María Loynaz. Lo que podía ser una edición de esta categoría no se ha podido lograr, no por falta de deseo ni de intención. Así, pues, no tenemos en las manos una edición crítica, ni comentada, ni al menos historiada. Ni siquiera es posible deleitarse, aunque sea con un listado de los nombres que a lo largo de múltiples años y al ancho de variados países se han solazado, haciéndolo explícito en poesía y verso y memoria, con la obra y personalidad poéticas de Dulce María Loynaz. Desde Juan Ramón Jiménez hasta Lezama Lima; de Emilio Bobadilla, el legendario Fray Candil, hasta Virgilio Piñera. Desde Max Henríquez Ureña hasta Cintio Vitier. De Gerardo Diego a José María Chacón y Calvo. Desde Eugenio Florit hasta Carmen Conde. De Emilio Ballagas a Juana de Ibarbourou. Desde Gabriela Mistral hasta Salvador Bueno. De Juan Marinello a Gastón Baquero. Desde Vicente Alexandre hasta Samuel Feijóo. De Enrique Anderson Imbert a Eliseo Diego. Y tantos, tantos, ya en la plena madurez, ya en la juventud plena, que cada día siguen reflexionando sobre esta poesía cuya limpidez parece escaparse, escabullirse, evadirse para sólo quedar cada vez más arraigada al ser del lector o, al menos, para intentar un poco más de rigor, a una zona ineludible y esencial del mismo'.

- <sup>4</sup> Dulce María Loynaz, *Poesía completa*, 'La hormiga', p. 29. En adelante, las citas aparecerán en el texto entre paréntesis, con el título del poema más las páginas respectivas.

- <sup>5</sup> 'El madrigal de la muchacha coja', pp. 30-31.

- <sup>6</sup> 'El pequeño contrahecho', p. 37.

- <sup>7</sup> 'Coloquio con la niña que no habla', pp. 51-52.

- <sup>8</sup> 'Ciryña' (Poemas gemelos a una niña muerta). 'Ana Belinda', pp. 57-58.

- <sup>9</sup> 'Cheché' (Muchacha que hace flores artificiales), pp. 56-57.

- <sup>10</sup> 'Divagación', pp. 59-60.

- <sup>11</sup> *Juegos de agua. Versos del agua y del amor* (1947), pp. 75–100.
- <sup>12</sup> Véase César López, 'Proyecto para una lectura demorada' [Prólogo], en Dulce María Loynaz, *Poesía completa*, p. 5.
- <sup>13</sup> 'Poema XCVI', de *Poemas sin nombre*, p. 131.